

M. LALANDA

Los
Triunfadores

del
R u e d o



MARCIAL LALANDA

Núm. 14

Precio: 30 céntimos



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

**LOS TRIUNFADORES
DEL RUEDO**

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Calle Valencia, 234 - Apartado 707

Centro de Reparto de Suscripciones-Barbaré, 16

B A R C E L O N A

MARCIAL LALANDA

**“EL REY DE LA
FILIGRANA”**

POR


A. SANCHEZ CARRERE

NÚMERO 14



EN ESTE NÚMERO SE REGALA
UNA POSTAL DE LALANDA

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA



A manera de "introito"

Confieso mi ingenua admiración por los protagonistas de ese pintoresco drama español conocido vulgarmente por "los toros"; idolillos de barro que, embutidos en su flamante traje de luces, despiertan el entusiasmo o la indignación de los públicos, según sus faenas son buenas o malas.

Ellos, mejor que nadie, simbolizan la maldad del género humano, ese género humano que basa en un peligro de muerte su diversión favorita.

Ellos, mejor que nadie, conocen la incultura del público que los denuesta y apostrofa, llegando hasta la agresión personal, cuando un toro inlidiante inspira temores justos en los encargados de darles pasaporte.

Ellos, mejor que nadie, saben la sangre que cuesta ese poquito de celebridad que

los encumbra una tarde, para derribarlos a la siguiente.

Ellos y sólo ellos, cuando exponen su vida por divertirnos, tienen derecho, más que nadie, a la consideración general.

Sí, señores.

Defendemos a los toreros porque ellos son los mantenedores valerosos de lo único viril que en España queda: la fiesta de toros, llamada por el maestro Pío Baroja, "Fiesta de sangre y de cobardía", equivocadamente, a nuestro modesto juicio.

¿De cobardía? ¿Por qué?

¿Por los toreros? ¡Mentira!

Ya lo dijo Valencia II: todo el que viste traje de luces es un valiente.

Y tiene razón.

Si valor hace falta para arrimarse a los toros, valor hace falta también para salir y no arrimarse, ya que en este último caso hay que luchar con el público, hartado más temible que la fiera, porque en la plaza es donde únicamente no tolera que le engañen.

Del público tampoco puede decirse que es cobarde, toda vez que las pruebas de valor personal se dan con elocuente frecuencia.

Ahí están para atestiguarlo las innumerables broncas que se presencian en los toros, por si el diestro hizo esto de aquella manera o de la otra.

Quedamos en que no existe la cobardía en la fiesta de toros.

Lo que sí existe en ella es un principio de buena ciudadanía, muy loable y digno de ser tenido en cuenta.

En los toros es donde el público exige con rigor inapelable que el reglamento se cumpla.

Y, éste se cumple al pie de la letra.

Si no... ¡ay de ellos!

EN BUSCA DEL TORERO

Nos habían dicho que Marcial Lalanda vivía en la calle de Alberto Aguilera, 66, piso primero, izquierda.

Y allá nos dirigimos empujados por el deber de veraces informadores de la prensa.

Nos habíamos figurado que podía resultar interesante para ustedes una conversación biográfica con el "rey de la filigrana", y esto es todo.

Ahora su figura, en destacado relieve por sus rotundos éxitos, exigía de nosotros la inclusión de este nombre prestigioso de la torería en la colección de "Los triunfadores del ruedo".

Y atendiendo al imperativo, tomamos un "taxi" de los de cuarenta y ¡hala! A casa de Marcial, que, en efecto, vivía allí, pero no estaba, según la noticia que su hermana nos dió.

Claro que esto no nos cogió de sorpresa, pues sabido tenemos ya que a un torero se le puede encontrar en todas partes menos en su domicilio.

Para ellos la "leyenda del hogar" es letra muerta.

Y todo por culpa de los amigos, que, como dice Marcial...

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos y dejemos al diestro que hable.

LA ENTREVISTA

Encontramos a Marcial Lalanda en el café de Levante, situado en la Puerta del Sol.

Arriba, en los billares, junto a un balconcillo que da a la céntrica plaza, sentado junto a una mesa, charla animadamente con algunos amigos y compañeros de profesión.

Nosotros le conocemos solamente de vista.

No hemos hablado con él nunca.

Esto no quita para que, decididos, nos



Marcial toreando de capa

acerquemos a él y le saludemos con gran familiaridad.

¿Frescura? No.

Deberes de nuestra profesión que no puede aguardar a trámites presentadores.

Con un:

—¡Hola, Marcial!—un apretón de manos y un:

—¿Hace usted el favor?—le sustraemos a la conversación general de los contertulios.

Lalanda se levanta y viene a nosotros un poco escamado.

Se teme un sablazo.

Es lo corriente.

—Queremos hacer su biografía—le informamos.

Marcial se escama entonces más.

—Estos—piensa—vienen a darme el sablazo en gordo.

—Ya me han hecho varias — responde, evasivo.

Se impone la aclaración de este punto.

—Nosotros no venimos a pedirle a usted dinero, como es costumbre en estos casos—decimos.

Y añadimos, para reafirmar nuestra actitud:

—La información es completamente gratuita.

Marcial respira tranquilo.

—¡Ah, ya!—exclama.

Y se pone acto continuo a nuestra disposición.

LOS PRIMEROS DATOS BIOGRAFICOS

—¿Nació usted?...

—En Vaciamadrid.

—¿Qué día?

—El veite de septiembre.

—¿De qué año?

—Del mil novecientos tres.

—Quiere decirse que cuenta usted ahora...

—Veintiséis años.

—¿Cursó usted estudios superiores?

—No, señor. Solamente tengo aprobadas las primeras letras que estudié en Arganda del Rey.

—¿Se manifestó en usted pronto la afición al toreo?

—Aun no había cumplido los diez años cuando empecé a torear.

—¿Tuvo usted algún maestro?

—Sí. Mi padre que fué vaquero de don Enrique Salamanca y mayoral de la Empresa de Madrid. El nos sacaba todas las mañanas de la cama a mi primo Pablo y a mí para llevarnos a la escuela taurina.

—¿Que era?...

—La misma plaza de toros de la Corte.

—No cabe encontrar local más apropiado.

—Ciertamente.

—¿Cuándo mató el primer bicho?

—El primer becerro lo maté el año 1914.

—¿Dónde?

—En Alameda de la Sagra, en una corrida que torearon mis dos hermanos.

—¡Ah! Pero sus hermanos...

—Fueron toreros también, sí, señor.

—¿Y viven?

—El mayor, Martín, murió. El mediano,

Eduardo, va de banderillero conmigo. A base se ellos se organizaron las primeras corridas en que actué. Ellos mataban tres o cuatro novillos primero, y yo mataba un becerro después.

—¿Estuvo usted mucho tiempo toreando así?

—Durante los años catorce y quince. En mil novecientos diez y seis formé cuadrilla con mi primo Pablito.

—¿Torearon ustedes juntos muchas corridas?

—No todas las que hubiéramos querido, porque surgió un incidente inesperado.

—¿Qué fué ello?

—Que el gobernador se metió con nosotros.

—¿Por qué?

—Por nuestra poca edad.

—Pesarían en su ánimo las teorías del peligro y la inconsciencia.

—Seguramente, lo cierto es que nos fastidió porque nos hizo actuar en medio del más completo anónimo.

—¡Ah! ¿Pero siguieron ustedes toreando?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se las componían?

—Organizando las corridas a cencerros tapados, sin carteles y sin reclame ninguna, como si fuesen fiestas particulares.

LA PRIMERA VEZ QUE SE VISTIO DE TORERO

—¿Fué el estreno del traje de luces?...

—En Morata de Tajuña.

—¿Qué año?

—El diez y seis.

—¿Mes?

—Septiembre.

—¿Con qué ganado?

—No me acuerdo. ¡Al cabo de tanto tiempo!

—¿Cómo se presentó al público de Madrid?

—Me presenté a los once años de edad, toreando una becerrada en compañía de Eladio Amorós.

—¿Eso ocurriría antes de la prohibición gubernativa?

—Sí, señor. Lo de la prohibición vino después.

—¿Hasta qué edad estuvo usted sin poder torear "oficialmente"?

—Hasta los diez y seis años.

—Entonces su presentación ya como novillero, tuvo lugar en Madrid...

—El veinticuatro de Junio de mil novecientos veinte, toreando con Pablo.

LA ALTERNATIVA

—El acontecimiento más sobresaliente de su vida de torero, o sea la alternativa, ¿cuándo ocurrió?

—El ventiocho de Septiembre de mil novecientos veintiuno, en Sevilla.

—¿La tomó de manos...?

—De Belmonte.

—¿Alternando...?

—Con Chicuelo.

—¡Buena compañía!

—No fué mala.

—¿Y el ganado era...?

—De Surga.

—¿Qué tal quedó?

Va a contestarnos cuando una voz surge potente:

—¡Marcial!

Es la de un amigo cuya impaciencia le reclama con indiscreta asiduidad.

—Con su permiso...—nos dice. Y se va.

Cuchichean unos momentos y Marcial vuelve a nuestro lado.

—Ustedes perdonen, pero es un amigo...

LOS AMIGOS DE LOS TOREROS

—Ya, ya comprendemos, y le disculpamos. Amigos hay pocos—decimos.

—¿Qué hay pocos? Eso nosotros no podemos decirlo. Los amigos de los toreros son muchos, siempre.

—Cuando se está en el pináculo de la gloria.

—¡Ah! ¡Claro! Cuando se está en la decadencia nadie se acuerda de uno.

—Eso es verdad.

Hay un silencio que aprovechamos para reflexionar sobre la triste evidencia de las palabras anteriores.

Los amigos de los mimados por el triunfo—pensamos—son muchos, en efecto. ¿Pero son tales amigos? ¿Entienden la amistad en su verdadero sentido? ¡No!

El círculo numeroso de aduladores “incondicionales” que les rodea y acosa constantemente no lleva en su amistad más que el deseo de una pueril vanagloria: la de poder disfrutar de esa gloria refleja que consiste en poderse llamar “amigo de Fulano” y presumir después de la influencia que sobre “Fulano” ejerce, ante los que van a ellos en demanda de favores.

¡Con cuánta satisfacción y orgullo se pondrían algunos en la tarjeta:

“Abdón Cornezuelo y Frías”

Amigo de Lalanda”!

—Los amigos de los toreros—interrumpe nuestras reflexiones Marcial—son una cosa verdaderamente insoportable. No le dejan a uno en paz ni un momento. Por culpa de ellos, no puede uno ni disponer de su vida. Hace usted plan para hoy o para mañana y no puede llevarlo a cabo porque los amigos se lo deshacen con sus caprichos que uno ha de atender, porque sino, vienen luego las malas caras y los disgustos.

—Cierto—asentimos—. Los toreros como todo el que llega a ser algo en la vida, no viven más que para complacer a los amigos, los cuales exigen a veces la consumación de ciertos sacrificios que son luego pagados con la más negra ingratitud.

LAS COGIDAS

¡Las cogidas!

He ahí lo lamentable del espectáculo; la parte trágica de la fiesta; la mancha roja en el chinesco mantón de colores brillantes, mancha, que confesémoslo, aunque nos aver-

güence, por constituir la nota de peligro, pone en los toros el máximo interés.

Hay quien asegura que la probabilidad de una cogida lleva a la plaza mucha gente.

No nos atrevemos a asegurar tanto.

Lo que sí afirmamos es que todo el que entra en el circo va dispuesto a divertirse viendo como los lidiadores juguetean con la muerte al cumplir su misión.

La tragedia que puede ocurrir es indudablemente su principal y morboso aliciente.

Y esto no puede achacarse a incultura de la gente.

Favorito de públicos cultos es el espectáculo del boxeo y, sin embargo, también los "púgiles" se juegan la vida en el lance.

—¿Tuvo usted muchas cogidas? — preguntamos a Marcial.

—Pocas, afortunadamente.

—¿Cuántas?

—Cinco.

—¿No se equivocará usted?

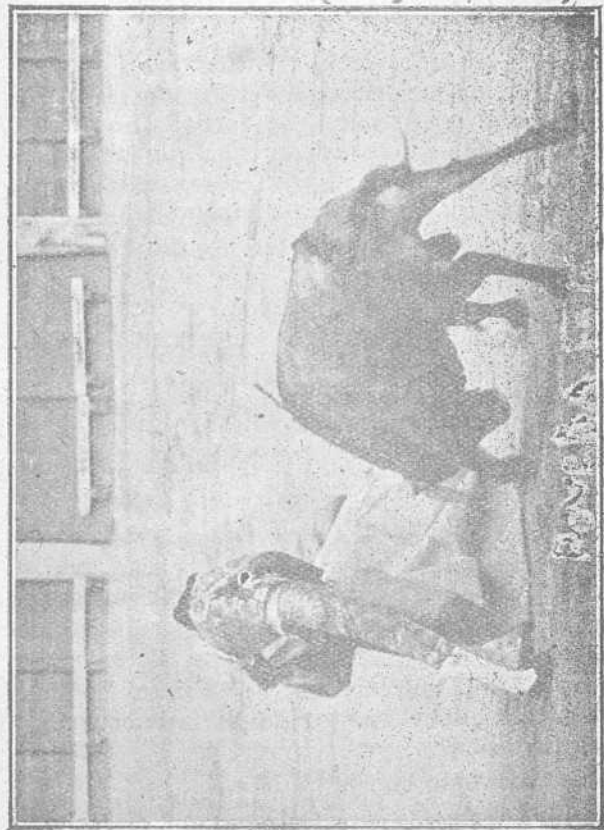
—Lo que es en eso no hay cuidado. Llevo bien la cuenta.

—¿Acaso piensa usted en ellas mucho?

—¿Yo? Nunca.

—¿Ni aun cuando torea?

—Entonces menos. Si se pensase en las cogidas no se harían ni la mitad de las cosas que se hacen.



Marcial en una verónica

—¿Opina usted como Ricardo “Bombita” que los toros no cogen?

—Sí, señor. Y estoy profundamente convencido de que es verdad. Cuando el toro nos coge es siempre por torpeza nuestra, por empeñarse en realizar algo que las condiciones del bicho no consienten.

—¿De donde se deduce que el conocimiento de los toros es de absoluta precisión para el torero?

—De absolutísima, sí, señor.

—¡Por eso era tan grande Joselito! Una simple observación le bastaba para saber lo que daba de sí un morlaco apenas salía del toril.

—Y no obstante, por descuidarse un momento, ya lo han visto ustedes, halló la muerte en un toro.

—¿Cuál de sus cogidas fué la más grave?

—La que me produjo en Valencia un toro de Flores.

—¿Qué año fué?

—El mil novecientos veintisiete.

—¿En qué momento de la lidia le ocurrió el percance?

—Toreando con la muleta.

—¿Y estuvo mucho tiempo en el lecho del dolor?

—Mes o mes y medio.

LOS TOROS

Recordando ciertas murmuraciones por las que se atribuye a los toreros determinadas preferencias en lo tocante a ganaderías, interrogamos a Marcial:

—Entre los diferentes hierros del ganado, ¿siente usted predilección por alguno?

—No, señor. Ni creo que pueda sentirla nadie. ¿Cómo considerar mejor ésta o la otra ganadería si las que antes eran buenas se han estropeado mucho y las que eran regulares nada más, han mejorado bastante?

—Eso quiere decir que no tiene usted queja de ninguna?

—Una tengo de todas.

—¿Cuál?

—Puede usted figurársela viendo el tamaño de los cornúpetos que hoy se sueltan.

—Son pequeños, ¿verdad?

—Pequeñísimos.

—¿Y no tienen ustedes un poco de culpa en eso?

—No, señor. La culpa es exclusivamente del público que lo consiente, y de los ganaderos que abusan un poco.

—Bastante. Claro que ellos se defienden diciendo que el exceso de demanda no da lugar a que los toros se críen con el tiempo necesario.

—No lo crean ustedes. Muchas corridas se dan, es cierto; pero no es menos cierto que también se crían muchos toros. Ahí están sino para atestiguarlo los pavos que les sueltan a los pobres novilleros.

—Exactísimo.

—No digo yo que en alguno que otro pueblo podamos nosotros indicar, como más conveniente, ésta o aquélla ganadería. Pero en las plazas de primer orden son las empresas únicamente las encargadas de adquirir el ganado que mejor le parezca sin contar para nada con el torero que se ve precisado a pasaportar lo que le suelten, aunque a veces sean caracoles.

—¿A usted no le gustan los toros chicos?

—No, señor. A mí me gusta el toro como debe ser: grande.

—Es raro. Parece natural que el toro pequeño resulte más manejable.

—No lo crea. La buena lidia no consiste en el tamaño, sino en las condiciones del buró.

—¿Cuál es entonces su toro ideal?

—Yo no tengo toro ideal, ni creo que pueda tenerlo nadie. Si esto pudiera ser,



Marcial dando una prueba de tranquilidad y valor

¿qué explicación tendría, lo que con gran frecuencia ocurre, que con los toros de idéntica ganadería y de iguales condiciones, el mismo torero esté en uno bien y en otro mal? Yo en materia de toros pienso hacer revelaciones sensacionales.

—¿Por qué no las hace usted ahora?

—Porque... lo dejo para más adelante.

Aunque resentidos, como periodistas, por la postergación de que se nos hace objeto, no dejamos de comprender que Marcial Landa tiene razón.

El toro es lo más importante para el buen resultado de la fiesta y merece, por tanto, un poco más de atención de la que con él se tiene.

¡Por algo dijo Eugenio Noel, el popular tauróforo, que en las corridas el toro es el único que lleva razón!

EL MIEDO

La pregunta es un poco indiscreta; lo comprendemos, pero ante todo somos periodistas y para el periodista lo indiscreto es, precisamente, lo más interesante.

—¿Siente usted miedo en la plaza?

—No, señor. Cuando estoy en la plaza no siento nunca miedo.

—¿Y antes de la corrida tampoco?

—Ese ya es otro cantar. Cuando tomo el coche para ir hacia allá, siento, naturalmente, un poquillo de intranquilidad. Al fin y al cabo no es lo mismo que cuando se va uno a tomar un café.

—¡Claro que no! Entonces esa creencia existente de que cuando se abre el llamado "portón de los sustos" tiembla el que más y el que menos...?

—¡Fantasías! Cuando se llega a la plaza está uno ya “metido en harina”, como vulgarmente se dice, y no se siente el miedo. En el camino sí; lo que le he dicho antes, un poquillo de intranquilidad, pero nada más.

Nosotros creemos sincero lo que del miedo en la plaza nos ha dicho Marcial Lallanda.

Lo que no creemos es que esto sea general. A ello nos induce el recuerdo de ciertos espectáculos vergonzosos, harto repetidos, en las plazas de toros, de las que el lidiador ha tenido que salir custodiado por la fuerza pública para evitar agresiones.

A propósito de esto, preguntamos de nuevo a Marcial:

—¿Qué opina de esas escoltas policíacas a los toreros?

—¡Hombre! Esa es una pregunta muy difícil de contestar.

Y sus labios se dilatan en una mueca de sonrisa.

No satisfechos aún, insistimos:

—Hay un momento en la lidia en el que necesariamente tienen ustedes que sentir miedo.

—¿Cuál?

—Aquel en que llega la llamada “hora de la verdad”; cuando el lidiador se echa el estoque a la cara para ejecutar la suerte de

matar, suerte que tal y como hoy se ejecutá, más que una *suerte* resulta una *desgracia*. ¿Verdad que en ese instante piensa uno, sin querer, en el viaje de ida al otro barrio?

—Le diré a usted—nos dice Marcial en un arranque de conmovedora ingenuidad—. Si la llevásemos a cabo como es debido, sí era para pensar en el último viaje; pero como no es así...—declara Lalanda, tornan-do a sonreír.

LA SUERTE FAVORITA

Marcial, como todos los toreros, ha de tener su suerte favorita.

Se lo preguntamos.

Y él nos contesta:

—Mi suerte favorita es torear bien con la muleta.

—Nosotros creíamos que manejando usted el capote como lo maneja...

—No, señor. Donde esté la muleta que se quite todo .

—Es lo más bonito, ¿verdad?

—A mi modo de ver es, indiscutiblemente, lo más difícil del toreo.

—¿Más que el "recibir"?

—¡Hombre! El “recibir” es también muy difícil.

—¿Lo ha hecho usted muchas veces?

—De pequeño sí lo hice con bastante frecuencia.

—¿Y de novillero?

—De novillero habré matado “recibiendo” tres o cuatro toros nada más.

—¿Habrá sido siempre con otorgamiento de oreja?

—¡Si supiera usted que eso de la oreja no tiene para nosotros ninguna importancia!

—¿No?

—La tiene para el público.

—¿No les satisface el galardón?

—Tanto como no satisfacernos, no digo yo. Pero a veces ocurre que sin cortar oreja ninguna salimos mucho más satisfechos de nuestra labor.

CORRIDAS TOREADAS

Para someter a un poco de tortura la memoria del torero, y enterarnos de paso, cómo anda de matemáticas, le formulamos la siguiente interrogación:

—¿Cuántas corridas lleva toreadas?

Marcial, calcula unos momentos, y responde:

—Quinientas cincuenta.

Para mayor seguridad saca el lápiz y escribe números sobre la mesa del café.

—Sí. Eso es—dice al poco rato—. Unas quinientas cincuenta.

—Tratándose de usted—objetamos—nos parecen pocas.

—¿Pocas? ¿Por qué?

—Porque es usted un torero de muy buenos principios.

—Muchas gracias; pero no...

—Queremos decir que, según nuestras noticias, ha empezado usted su doctorado como ninguno.

—Sí que es verdad. Empecé muy bien. Contratando en la primera temporada de matador de toros más de cien corridas, de las que sólo pude torear ochenta, a consecuencia de cogidas.

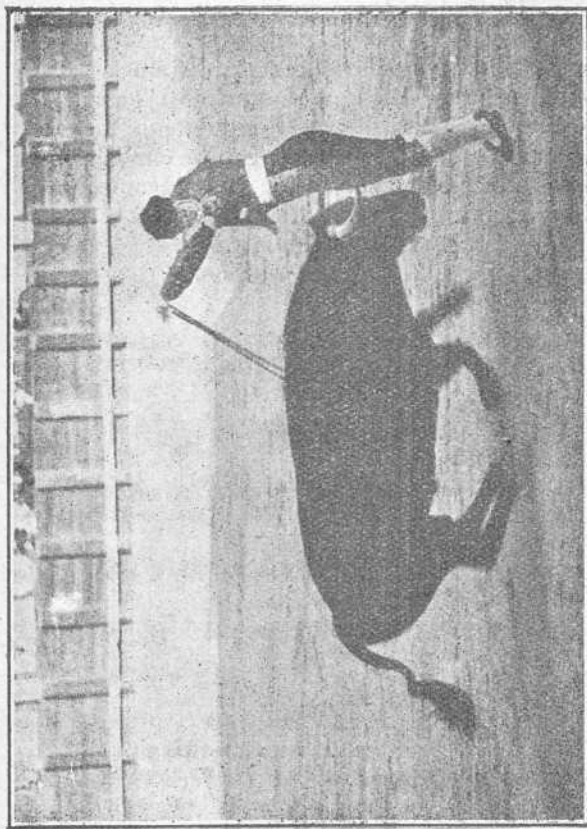
—Y de novillero, ¿cuántas toreó?

—Más de doscientas.

—Total que entre unas cosas y otras habrá usted matado...

—Puede usted calcularlo—nos dice Marcial, renunciando, por lo visto, a las operaciones aritméticas.

Ahora somos nosotros los que cogemos el lápiz y escribimos en el mármol de la mesa:



Marcial en un soberano par de banderillas

—Quinientas cincuenta por dos, igual: mil ciento y doscientas por dos también; cuatrocientos. Total mil quinientos cincuenta; más los que matara de becerrista y en las corridas aquellas que, por cogida de un compañero, tuviese que cargar con más de los dos toros que le correspondían, podemos poner mil setecientos.

—Sí. Cerca de los dos mil.

LO QUE OPINA DE LOS COMPAÑEROS

—¿Cuál es su opinión respecto de la torería andante?

—Que hoy hay muy buenos toreros; muy buenos; pero....

—Ese pero nos intriga.

—Tiene su explicación.

—Venga.

—Quería decir que hoy se torea muy bien, pero que se toreaba mejor antes.

—¡Ah, sí?

—No le quepa a usted duda. El toreo antiguo tenía más técnica, más enjundia, más

arte, era como si dijéramos, un toreo más "legal". Hoy se busca más la floritura y el adorno para llegar al público.

—¿Quiénes fueron, a su juicio, los lidiadores más grandes?

—¡Quiénes van a ser! Joselito y Belmonte que evolucionaron y dignificaron el toreo moderno.

—¿Y no cree usted que estos dos verdaderos fenómenos de la tauromaquia, a fuerza de darle al público sosera de la fina, han estragado su paladar y hoy día no sabe lo que quiere?

—Tal vez tenga usted razón. Quizá por eso parece muchas veces que el público está loco. Le voy a citar uno de los casos que se repite con harta frecuencia. Un toro, porque es chico, porque hace extraños a los capotes, o por cualquier otra causa, es protestado a la salida de los chiqueros. Esto, como es lógico, le quita a uno las ganas de torear. El público entonces se mete con el torero y al final, sin duda para molestarnos de este modo, concluyen aplaudiendo a aquel mismo toro en el arrastre. ¿Por qué?

—¿De qué corrida ha salido usted más satisfecho durante su vida torera?

—Así, de primera intención, no recuerdo, la verdad.

—Y de los públicos, ¿cuál es el que más le gusta?

—El público de los toros es una cosa especial que lo da todo o todo lo quita. Yo, por ejemplo, tenía muchas ganas de quedar bien en Barcelona, porque el público de Barcelona es el que más se entusiasma... y el que más chilla.

—¡Ah, sí?

—¡Oh! No puede usted imaginarse. Se parece algo al de Madrid. Son los dos que prefiero.

CORRESPONDENCIA FEMENINA

Entramos en terreno vedado.

En el terreno galante.

Aquí la indiscreción ha de ser forzosa.

—¿Recibe usted muchas cartas de mujeres?

—Muchas, sí, señor. Pero no hago caso.

—¿De ninguna?

—De ninguna.

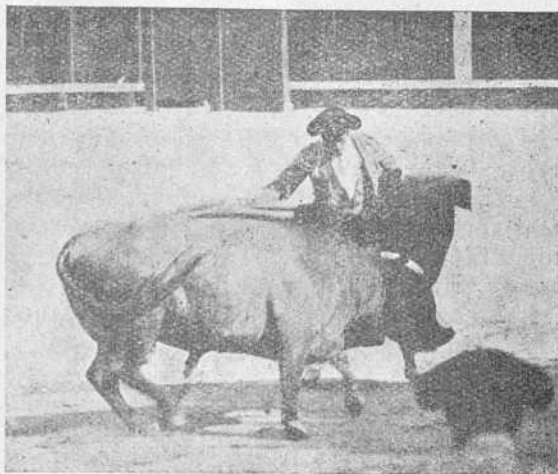
—¿Y eso?

—Es materia peligrosa.

—¿Más que una cogida?

—A veces, "tanto monta...", etc., etc.

—Comprendemos su miedo. Es muy triste acabar en el hospital o en la vicaría.



Marcial en una gaonera

—O en el ridículo, que es peor. ¡Cuántas veces he pensado, leyendo una carta: Este es algún guasón que quiere pitorrearse de mí.

—¡Y puede que tuviera usted razón!

—De seguro.

—Sacamos entonces en consecuencia que no ha querido usted emular a Tenorio.

—No, señor. No he tenido ninguna aventura.

—¿Y novia, tiene usted?

—No pienso en casarme.

—¿Para que el matrimonio no le quite la afición?

—Juzgo una tontería eso de creer que el que se casa no tiene valor.

—Estamos con usted. El que se casa tiene valor; y muy grande.

—Hay muchos toreros que pueden demostrarlo. Yo creo, que la familia, no teniendo chicos, que son los que verdaderamente "tiran", no perjudica.

—Ya que de la mujer hablamos, ¿qué opina usted del piropo?

—Que está muy bien prohibido, porque en la mayoría de los casos no es tal piropo, sino una grosería que ofende los oídos. Yo que he viajado un poco por Europa y América, he visto que eso no se estila en ninguna parte más que aquí, en España.

—¿Qué países ha recorrido usted?

—Francia y casi toda América.

—¿Qué le parecen los Estados Unidos?

—Fantásticos, como todo lo americano.

"¡VIVA MADRID QUE ES MI PUEBLO!"

Desde que hemos principiado a hablar con Marcial, bulle en nuestra mente el recuerdo de la película editada e interpretada por él.

Su triunfo como actor del arte mudo ha sido considerable y esto nos obliga a echar un párrafo sobre el tema.

—¿Le llegó a preocupar mucho su actuación en el cine?

—Nada absolutamente. Me limité a obedecer las órdenes que me dieron y nada más.

—¿Qué le dijeron?

—Que lo hiciese todo con la misma naturalidad que si no estuviese delante de la máquina y que no me precipitase en los movimientos. Y así lo hice.

—¿Era usted aficionado?

—¿Al cine? ¡Quiá, no señor! Me aburría.

Ahora desde que hice “¡Viva Madrid que es mi pueblo!” le tengo un poco más de afición.

—¿Cuánto tiempo tardaron en el rodaje de la película?

—Dos meses.

—¿Y le costó?

—Con propaganda y todo cerca de los cuarenta mil duros.

—¿Cuándo la hicieron?

—En la primavera de mil novecientos veintiocho, bajo la dirección de Fernando Delgado, de quien es el asunto de la cinta.

—¿Cómo surgió en usted la idea?

—Por instigación de mi cuñado que anda metido en esto del cine.

—¿No le habían hecho a usted nunca proposiciones para la impresión de películas?

—Sí. Pérez Lugín me trajo loco una temporada para el protagonista de su "Currito de la Cruz". Tuve que pedirle lo que no podía darme, para que me dejase en paz.

—Pues se lo debían haber dado porque tiene usted condiciones para ser el rey de los "cineastas".

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque domina usted el *cine* y las *astas*.

Después de este chistecito Marcial se negó a hacer ninguna revelación más.

Lo comprendimos y nos resignamos a hacer punto.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

Madrid, agosto 1929.

.....
Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

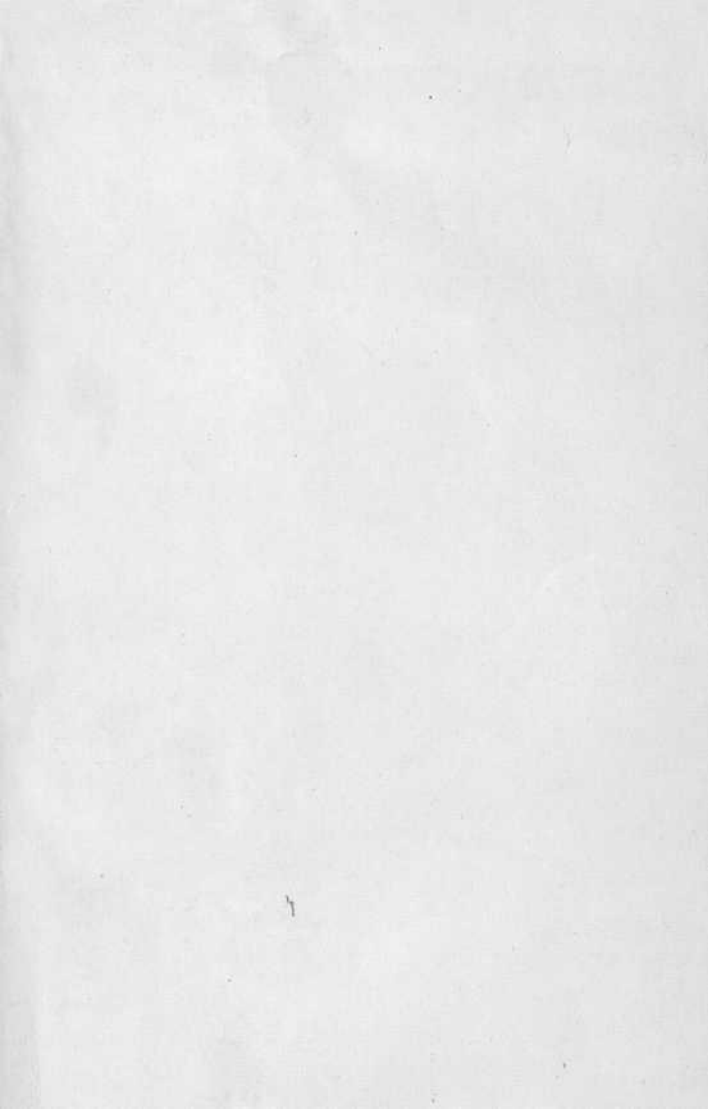
TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 2 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos

Si no los encuentra en su localidad

**PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA**

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará enseguida



ENCUADERNACIONES
NICOLAS
8. SEPTIMO, 35-AVILA

2/695

